

## Nancy Mitford Revisited

*Descubrí a Nancy Mitford en televisión, cuando sólo existían dos cadenas, que no canales, todavía. Esto, que puede sonar a herejía de los primeros tiempos de nuestra civilización, ocurría entonces no diré a menudo, pero sí de vez en cuando. Piense el lector en Yo, Claudio de Robert Graves –que dio a conocer en España al poeta afincado desde hacía décadas en Mallorca– o en Retorno a Brideshed y Evelyn Waugh, aunque aquí la cita lleve bala en la recámara y aparición más adelante. Hoy en día, con decenas de canales televisivos emitiendo, descubrir en televisión a un autor de la calidad de Nancy Mitford –ya no hablo de los otros dos citados– resulta impensable, por no decir casi insultante. Pero mi descubrimiento mitfordiano ocurrió en 1981 o 1982; la prehistoria, ya dije. Yo me encontraba en una de esas zonas de sombra por las que atraviesa a veces la vida –o en una de esas zonas de sombra que atraviesan a veces la vida– y recuerdo que, a la hora de la siesta, daban entonces por TVE series europeas basadas en novelas de Roger Martin Du Gard y otros autores de ese estilo. A la reconstrucción de mundos perdidos me refiero (y en éstas estaba yo también, aunque no literariamente, en aquella época de la que hablo).*

*Una tarde vi una escena de primos hermanos en un desván y la estupenda aparición de un tío excéntrico y más adelante a un dandi en cuyo jardín daban las horas los pavos reales, algo así recuerdo que vi mientras pensaba en otras novelas familiares, en otras novelas de la memoria, que siempre han sido mis preferidas.*

## XII PRÓLOGO

*Al final del capítulo me quedé vigilando los títulos de crédito hasta que descubrí el nombre de Nancy Mitford. La serie –una delicia, por supuesto– se titulaba Amor en clima frío y el guión se había construido con la novela homónima y su precedente: A la caza del amor. Lo cierto es que me alegró las tardes de aquellos días tan complicados. Y el sentimiento que tengo cuando pienso en ella es de agradecimiento: fue de las pocas luces –otra de ellas también es una mujer y todavía sigue a mi lado– que cruzaron esa sombría temporada.*

*Yo tenía en casa una biografía de Luis XIV escrita por Nancy Mitford y hasta entonces la había tomado por eso, por una autora de biografías al estilo más de Emil Ludwig que de Stefan Zweig. Pero inmediatamente me puse a la caza de Mrs. Mitford hasta que di con la pieza donde tantas veces hemos dado los que buscamos libros de otro tiempo que también es el nuestro: el editor José Janés, quien en su colección La Nave había publicado Amor en clima frío, anunciando en la solapa que una hermana de la autora había sido amiga de Hitler por aquello, supongo, de que con tal de enganchar lectores un buen editor hace lo que sea. Luego encontré en una librería de viejo de Palma una edición de un club del libro inglés titulada The best novels of Nancy Mitford. Ahí estaba también A la caza del amor (*The pursuit of love*), Amor en clima frío (*Love in a cold climate*), The Blessing y Don't tell Alfred, las novelas más tardías y afamadas de Mitford. Recuerdo que pensé que su antiguo dueño debía de haber sido una de esas inglesas con sombrero que todavía circulaban por la barriada palmesana de El Terreno a mediados de los 70.*

*Algunos años más tarde, leyendo la trilogía de Jean d'Ormesson formada por El viento de la tarde, Todos andan locos por ella y La felicidad en San Miniato, observé en sus protagonistas –las hermanas O'Shaughnessy– rasgos de las hermanas Mitford, a cual más curiosa. (Yo mismo y bastante tiempo después, inventé unas hermanas O'Callaghan en mi novela Háblame del tercer hombre, que eran un doble homenaje a las Mitford y a las O'Shaughnessy de D'Ormesson.) Hijas de lord Redesdale –tío Matthew en A la caza del amor– hasta la más sensata, si la sensatez*

*hubiera sido patrimonio de la familia Mitford, resulta extravagante o, como dicen los franceses, bizarre. Son mujeres altas, delgadas, muy elegantes, muy modernas en formas y aspecto, y tradicionales en el origen familiar. Diana abandonará a su primer marido para irse a vivir con Oswald Mosley, el líder fascista británico. Unity se enamorará de Adolf Hitler y llegará a formar parte de su círculo íntimo –si es que puede hablarse de verdadera intimidad en Hitler– para acabar completamente loca. Jessica se fugará con un primo suyo que morirá en la guerra civil española, se inscribirá en el Partido Comunista y acabará ejerciendo como popular periodista en Estados Unidos. Deborah y Pamela ejercerán de aristócratas y ladies-farmer de la Vieja Inglaterra, continuando el rito de las temporadas en Londres. Todas ellas escribirán: sobre jardinería, panfletos políticos, periodismo, autobiografía. Todas ellas son una novela extraordinaria –de hecho, Las hermanas Mitford, una biografía de la periodista de Elle, Annick Le Floc’hmoan, publicada en España por Circe, puede leerse como una novela de Jane Austen con intervención waughiana y ribetes de la saga de Anthony Powell– y cada una de ellas encierra también una o varias novelas más. Por no decir el mapa convulso –política y sentimentalmente– de la Europa de entreguerras.*

*Pero la verdadera novelista fue Nancy. Una novelista cuya raíz está en Austen pero que tiene puntos en común con Edith Wharton, la autora de La edad de la inocencia. Incluso hay paralelismos. Puede afirmarse que Nancy Mitford es a Evelyn Waugh lo que Edith Wharton fue a Henry James: amigas personales y en cierto modo, sus discípulas. Y al revés: si Wharton y Mitford fueron aristócratas –una del dinero neoyorquino, la otra de la Vieja Inglaterra– tanto James como Waugh fueron dos deslumbrados por el lenguaje de ambas aristócratas, y llamo aquí lenguaje a cualquier forma de relación. Efectivamente: las aristocracias europeas –y sus ansiosas clónicas norteamericanas; las familias patricias– son quienes sustentan, en sus modos y formas, la mayor parte del mundo literario –y personal– de James y, desde luego, de Waugh, quien dedicó a la bella Diana Mitford su novela Cuerpos viles. Pero lo que fascinó a ambos escritores, era en ellas algo tan natural como consustan-*

## XIV PRÓLOGO

*cial. Quizá por eso puede afirmarse también que lo que observaban ellas en sus dos amigos y maestros no era más que el reflejo de su propia vida: una forma de narcisismo como cualquier otra. Y ya se sabe que el narcisismo es uno de los motores de la literatura; no el más fructífero, indudablemente, pero sí uno de ellos, el más inmaduro, probablemente. Aunque si la Mitford es una mujer moderna, madame Wharton tiene un pie en el Ochocientos: treinta y ocho años las separan –y el sentido del humor, desde luego: a favor, muy a favor, de Mitford. El tiempo acabará anulando todo lo demás y hoy pueden parecernos primas, a uno y otro lado del Atlántico, que se encuentran en París todas las primaveras.*

*Porque París fue la verdadera casa de Nancy Mitford, si es que la verdadera casa es la que uno elige y no donde uno nace. Allí vivirá y amará; allí morirá también: a pocos kilómetros de París, en Versalles: o sea, como una parisina del XVIII. Enfrentada en su juventud a su padre, que encuentra a los jóvenes amigos de su hija unos parvenus de middle-class –y entre ellos están el Robert Byron de Viaje a Oxiana (de quien Nancy está entonces locamente enamorada), Evelyn Waugh, Harold Acton, Stephen Tennant, Brian Howard, en fin, la crema de la Brideshead Generation, también llamados los Bright Young People– y no soporta en su hija ni su corte de pelo a lo garçon, ni su vestimenta, ni su repentina afición por las bellas artes, conseguirá que le permita trasladarse a París para pintar. En pintura será un fracaso, pero a París regresará, años más tarde, ya casada y después separada –sólo físicamente–, a vivir para siempre, cerca del que sería su amor de toda la vida: Gaston Palewski, un seductor polaco, secretario del general De Gaulle. «Abajo los abominables franceses», le escribirá en una de sus innumerables cartas, plagadas de celoso desprecio por todo lo francés, su amigo Waugh. «Al menos tú has tenido el buen gusto de elegir a un polaco.» Aunque ese amor, no fuera correspondido por el coleccionista mujeriego Palewski, quien siempre la tuvo por una muy buena amiga, pero nada más.*

*En París, Nancy Mitford escribirá sus novelas más conocidas y también el libro que más popular la hizo –si puede emplearse el término «popular», aquí tan paradójico–: Noblesse oblige: an*

Inquiry into the Identifiable Characteristics of the English Aristocracy (1956), *un ensayo-repertorio sobre los usos y costumbres de la nobleza inglesa que acuñará las expresiones U –por upper-class– y non-U –por non-upper-class– tanto en el lenguaje como en todos los hábitos cotidianos. Fue un verdadero éxito. Como también lo fueron, aunque en tono menor, sus biografías parisinas: Voltaire in love, El Rey Sol, Frederick the Great y Madame de Pompadour. Pero vayamos a la caza del amor.*

*Publicada una vez acabó la segunda guerra mundial, A la caza del amor es una novela de humor y de amor. Del amor tratado con humor y del humor tamizado por el amor. Es también una novela familiar –una novela de la memoria– y una novela de guerra (incluso la civil española), aunque la familia y la guerra sean en sus páginas motivos de amor y humor. Y es también una novela muy inteligente. Cualquiera diría que estamos ante una novela feliz y es posible que así sea, pero esa felicidad es –más que un estado de gracia– una forma de ser educados. Porque aunque sus protagonistas pertenezcan –como los de Austen o Wharton– a las clases altas, la vida va pasándoles las mismas facturas que a todos. El secreto consiste en la manera de mirar esas facturas. Y la manera de mirar de Nancy Mitford fue deliciosa, como sus mejores novelas.*

*A la caza del amor puede leerse –o mejor releerse– como un roman-a-clef. Desde su dedicatoria –A Gaston Palewski, ese gran amor no correspondido de Mitford– a todos y cada uno de sus personajes. Linda será Nancy sólo en cierto modo: también recoge múltiples rasgos e historias de sus hermanas. Como Louisa o las dos hermanas de su madre en la ficción. Tío Matthew –lo hemos dicho antes– es un trasunto del padre de la novelista. Y lord Merlin, un matraz donde caben todos sus amigos de Oxford con bastantes rasgos del esteta Harold Acton. Por no hablar de Fabrice de Sauveterre, que en nada oculta a Gaston Palewski. O el impagable e hipocondríaco personaje de Davey. O la extraordinaria conversación entre tío Matthew y tía Emily a propósito de la educación en los colegios –y no en casa, como fueron educadas las Mitford– y el pernicioso lenguaje y conocimientos adquiridos en ellos, sin duda un germen de Noblesse oblige. Es, en fin, uno de esos*

## XVI PRÓLOGO

*libros que uno debe llevarse a una isla desierta para no volverse un misántropo.*



*En noviembre de 2003 yo estaba alojado en el Hotel de la Bourgogne de París. Eran los últimos días de preparación de la exposición de Pierre Le-Tan que yo comisariaba para el museo Reina Sofía. El hotel caía muy cerca de casa de Pierre y me habían dado una habitación superior a la que me correspondía por estar las demás llenas. La habitación estaba en el último piso del edificio y consistía en la unión de tres pequeñas mansardas. Su mobiliario era muy parisino y el faro de la torre Eiffel barría la cama con una frecuencia exacta y una luz en sordina. Los interiores que a primera hora de la mañana contemplaba al otro lado de la calle desde la ventana central de mi habitación eran, también, interiores recién abandonados, decorados con gusto exquisito, muy Le-Tan, en fin. Se lo comenté a él una tarde y me dijo que le apetecía verla. Subió conmigo. En la mesilla de noche yo tenía la biografía de las hermanas Mitford, que entonces estaba leyendo. Aparecen en ella muchos de los personajes que Le-Tan ha dibujado. Pierre cogió el libro y me dijo que él había conocido mucho a Diana. ¿A Diana Mosley?, pregunté. Sí, me dijo, fui muy amigo de uno de los hijos de su anterior matrimonio, Guinness. Entonces hablamos de las novelas de Nancy y de cómo tras sus personajes ingleses —los dibujados por Le-Tan— está ese mundo final de Noblesse oblige y de la juventud de las Mitford. Luego le pregunté por Palewski. Había estado una vez en su casa, pero a él no lo había conocido. Recordaba su extraordinaria colección de antigüedades y las estancias como un refinado escenario. Es lo más cerca que yo he estado de Nancy Mitford, pero aquellos días de 1982 no hubiera podido imaginar que veintitantos años después estaría escribiendo sobre ella, la mujer que entonces me hizo reír —y aún sigue haciéndolo.*

JOSÉ CARLOS LLOP